

Santa Teresa de Jesús, Doctora de la Iglesia (15 de octubre)

Elogio de una gran cristiana

El secreto de Teresa, de donde brota su existencia nueva y su vocación especial en la Iglesia, fue el encuentro profundo con Dios en Jesucristo. En esa autocomunicación una imagen muy “llagada” le fue como esculpida en su espíritu y las palabras le quedaron grabadas imborrablemente. El Hijo ha tenido a bien revelar a Teresa su intimidad compartida con el Padre. En la comunicación se pone Teresa sin reservas ni condiciones a disposición del Señor. “Vuestra soy, para vos nació, ¿qué mandáis hacer de mí? (Poesías 5) Teresa ha recibido y transmitido la comunicación con el Señor en varios pasos de un recorrido, a través de los cuales lo experimentado por ella ha sido testificado, lo más personal se ha convertido en un servicio abierto a la Iglesia.

Santa Teresa tuvo que realizar un discernimiento largo y laborioso; unas veces el cumplimiento de las expectativas le parecía inmediato, otras se alargaba indefinidamente y otras parecía truncado. En la oscuridad buscó la luz, orando a Dios en silencio o con sollozos, consultando, pidiendo ayuda a otras personas para hallar los caminos del Señor. Uniendo dos expresiones originales podemos percibir cómo comprendió el desafío y cómo lo acometió: “A tiempos recios, amigos fuertes de Dios” (cf. Vida 15, 5; 33, 5). Cada tiempo tiene su reciedumbre que deben encarar los discípulos del Señor. Ante la gravedad de la situación Teresa concluye que “no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia” (Camino 1, 5). ¡No nos perdamos en cosas de poca monta!

Teresa con su respuesta irrelevante como noticia mundial **redescubrió la lógica evangélica de lo pequeño**. Jesús a un puñado de discípulos les muestra un horizonte ilimitado; un “pusillus grex” (Lc. 12, 32) es enviado a los confines del mundo y hasta el final de la historia. Desde el grupito de San José la mirada de Teresa se dilata al anuncio del Evangelio destinado a la humanidad entera. En aquella situación compleja que desborda incluso a los poderosos del tiempo, y en la cual ella se ve “mujer, ruin e imposibilitada” de hacer lo que desearía en el servicio del Señor, determina “hacer eso poquito que yo puedo y es en mí” (Camino, 1, 2). Teresa no dispone de un granero inmenso para satisfacer el hambre de todos los hombres de la tierra; piensa en lo insignificante en manos de Dios, en la semilla y el grano de mostaza casi invisible pero donde sembrado y crecido pueden cobijarse las aves del cielo. **Con el Señor no cabe el miedo, sí la confianza absoluta en su poder**. De la fidelidad a Dios brotan constantemente recursos para la misión.

(Mons. D. Ricardo Blázquez, presidente de la CEE, al inaugurar en Ávila el Año Jubilar Teresiano, 15/10/2014)



La oración de la Iglesia

Señor, Dios nuestro, que por tu Espíritu has suscitado a santa Teresa de Ávila, para mostrar a tu Iglesia el camino de la perfección,

concédenos vivir de su doctrina y enciende en nosotros el deseo de la verdadera santidad.

Por nuestro Señor Jesucristo. Amén

Vuestra soy, para Vos nació,
¿qué mandáis hacer de mí?

Veis aquí mi corazón,
yo le pongo en vuestra palma,
mi cuerpo, mi vida y alma,
mis entrañas y afición;
dulce Esposo y redención,
pues por vuestra me ofrecí:
¿qué mandáis hacer de mí?

Dadme muerte, dadme vida:
dad salud o enfermedad,
honra o deshonra me dad,
dadme guerra o paz crecida,

flaqueza o fuerza cumplida,
que a todo digo que sí:
¿qué mandáis hacer de mí?

Dadme riqueza o pobreza,
dad consuelo o desconsuelo,
dadme alegría o tristeza,
dadme infierno o dadme cielo,
vida dulce, sol sin velo,
pues del todo me rendí:
¿qué mandáis hacer de mí?

Si queréis, dadme oración,
si no, dadme sequedad,

si abundancia y devoción,
y si no esterilidad.

Soberana Majestad,
sólo hallo paz aquí:
¿qué mandáis hacer de mí?

Si queréis que esté holgando,
quiero por amor holgar.
Si me mandáis trabajar,
morir quiero trabajando.

Decid, ¿dónde, cómo y cuándo?
Decid, dulce Amor, decid:
¿qué mandáis hacer de mí?